

todos los lectores de América conocen y aplauden.

Creemos que una obra en prosa de Juan de Dios Peza es una novedad y podemos asegurar á los lectores que después de este libro tan ameno y tan tierno porque muchas de sus páginas se han escrito mojando la pluma en la sangre del corazón, aparecerán otros en que las « Memorias de treinta años » completas y extensas deleitarán á los aficionados á las letras.

En este volumen se encontrarán artículos como « Castañas calientes », « Una Reliquia », « Luz de la Gloria », « La Saboyanita », « Pobre Pescadora », « Miramar », « Tío Tonchi », « M. A. », y « El Tinterillo de la Reforma » que bastan por sí solos para dar á esta obra el interés que en vano pretenderíamos darle con banales encomios ó con hiperbólicos comentarios.

El solo nombre de su autor basta para captarle desde luego las simpatías del público.

## DE LA GAVETA ÍNTIMA

### EL TÍO TONCHI

De EL MUNDO, semanario ilustrado.

¡ Pobre viejo Antonio ! Me acuerdo de su carallena de arrugas ; de sus ojitos pardos con un ligero cerco blanquecino en el iris á manera de *haios* ; con su cabeza cubierta con la gorra de cuartel, de la que salían los alborotados y espesos mechones de canas ; de su cuerpo encorvado y trémulo ; de su bigote amarillento por el humo del cigarro ; de su levitón azul obscuro y de sus pantalones también azules con dos vivos amarillos, á guisa de franjas.

De todo aquel viejecito me acuerdo como si lo estuviera mirando, y tendría yo de ocho á diez años cuando le trataba constantemente.

Todas las buenas almas que poblaban mi hogar de niño ya volaron á mundos desconocidos, y cuando me encuentro en mi camino á algún ser que en lo exterior se les asemeja un poco, las recuerdo y me complace hablar de ellas.

Hoy por la mañana me encontré á un soldado inválido que me obligó con su aspecto á suspirar por mi viejo Antonio. — ¡ Cómo se le parece el pobre cojo

con quien topé en la calle del Empedradillo! — Pero ¡cómo se le parece! Lo he ido siguiendo hasta la calle de la Cadena, y varias ocasiones me ví tentado á preguntarle:

— Qué ¿no es usted un resucitado?

¿No se llama usted Antonio? ¿No estuvo usted de asistente hace treinta y seis ó treinta y ocho años, en una casa donde había un chiquillo que se llamaba Juan y al cual quería usted mucho?

Pero era imposible preguntarle estas cosas. El viejo Antonio tendría en aquella época cerca de setenta años, y si los sumamos con los que van corridos hasta la fecha, resultan cien, poco más ó menos. ¡Qué diablo! ¡Cómo se parece ese inválido al otro! Y lo fuí siguiendo al compás de su pierna de palo y no quitaba mis ojos de los mechones blancos que salían airosos de cada lado de la gorra.

El viejo Antonio me dijo un día: — Pregúntale á mi Jefe (se refería á mi padre) si hay algún general que tenga la gloria que yo tengo.

— ¿Cuál es esa gloria, Tío Tonchi? Así le llamábamos familiarmente.

— Pregúntalo, no seas curioso.

Tanto me lo dijo, que al fin, un día en que estaba mi padre conversando acerca de algunos soldados de mérito, le pregunté sin preámbulos.

— ¿Cuál es la gloria del Tío Tonchi, papacito?

— ¡Ah! ¡Ah! ¡no lo sabes! Pues es preciso que lo sepas, para que lo trates con mayor miramiento; Antonio fué asistente del señor Morelos, quien lo quiso mucho y le tuvo gran confianza. Ya que él te ha de haber dicho que me preguntes cuál es su gloria, dile que yo quiero que te enseñe su reliquia, su más rico tesoro.

Volando más que corriendo, bajé al patio, entré al cuarto del veterano y le dije con ese tono autoritativo tan peculiar en los muchachos.

— Tío Tonchi, que dice mi papá que me enseñes tu mejor reliquia.

— ¿Eso quiere el Jefe? Bueno; pero antes te habrá dicho quién he sido yo en otros tiempos.

— Sí, me dijo que eras asistente de Morelos.

— Mira, no trates con tanta confianza al Señor Generalísimo; piensa en que no nacen muchos como él, ni nacerán acaso. — Oye, en los últimos años en que yo le serví, había engordado mucho, le creció el vientre y no se podía poner las botas... ¿sabes quién se las ponía todas las mañanas con mucha destreza y arrodillado delante de él, como si estuviera rezando?

— ¿Quién se las ponía, tío Tonchi?

— Pues yo, y nada más yo, y solo yo, ¡qué gloria tan grande! y él me decía muchas veces: — Antonio, que no te maten, porque al día siguiente tendré que salir descalzo; nadie me sabe poner las botas tan pronto y tan bien como tú..... y el tío Tonchi se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que habían salido de sus ojos.

— Bueno, repuse, sin apreciar el noble orgullo ni la sensibilidad del viejo... pero ¿en dónde está la reliquia que vas á enseñarme?

El asistente abrió un antiguo baúl de aquellos forrados con cuero de res café y blanco, y sacó una banderola de dos puntas, la mitad roja y la mitad negra, en la cual había sobrepuestas y hechas de paño blanco una calavera con sus canillas y este letrero que no olvidaré nunca: «Independencia ó muerte.»

Me quedé contemplando absorto aquel trofeo cuya historia me era desconocida y pregunté impaciente:

— ¿Y ésa es la reliquia? ¿Por qué tiene esa calavera?

— Ah niño: tú no sabes lo que quiere decir esto: Así eran todas las banderolas amarradas á nuestras lanzas de el *Veladero*; cuando hicimos pedazos á las

fuerzas de Carreño, y derrotamos á Paris al comenzar el año de 1811. — Ya le he dicho á tu papá que si me ve morir, permita que me sepulsen desnudo, pero jamás sin esta reliquia.

El asistente ató la bandera á una caña y la inclinó para mirarla á su satisfacción durante un largo rato.

¡ Qué tropel de recuerdos asaltarían su mente !  
¡ Qué mundo de cosas idas se desplegaría ante sus ojos !

Después de algunos instantes movió la cabeza y exclamó : — No ha nacido otro Jesucristo ni nacerá otro Morelos.....

Cuando seas hombre y ya me haya tragado la tierra, verás muy clarito quién era el cura de Carácuaro. — No hay otro ni puede haber otro así... tan grande, tan grande, tan grande !.....

El tío Tonchi me llevaba á la escuela ; me compraba golosinas, me aconsejaba que fuera yo soldado y que muriera defendiendo la libertad de la patria y que siempre que tratara de héroes no pensara en otro que en Morelos, porque ése lo fué de verdad y hasta la muerte.

Cuando me detenían en la escuela por no haber dado la lección sin un punto, el tío Tonchi inventaba un recado de mi padre para que me levantaran el castigo ; cuando algún compañero discolo me ofendía en la calle, el tío Tonchi lo amenazaba con tales frases, que le obligaba á huir de nosotros ; cuando yo estaba enfermo en la cama, me acompañaba todo el día sin fastidiarse, y noche por noche me refería en sencillo estilo y sin hipérbolos ni metáforas, los episodios de aquella inmortal epopeya de que fué actor y testigo y que me infundieron en el alma este amor inmenso al suelo en que he nacido.

¡ Pobre tío Tonchi ! Nunca pidió un premio ni solicitó un ascenso. Herido en una pierna por los sol-

dados de Añorve, se la amputaron en Chilapa y quedó sufriendo dolores toda la vida.

Una tarde llegó tosiendo y con un dolor en el pecho que le obligó á guardar cama. — Le atacó una pulmonía que se lo llevó al otro mundo en menos de una semana.

Y me acuerdo que al volver de la escuela lo encontré ya cadáver, y no se me olvida el cuadro que presenciaron mis ojos.

En el ataúd y sobre una sábana limpia y blanca como el armiño, estaba tendido el viejecito, con los ojos cerrados, las manos sobre el pecho, su uniforme muy bien cepillado ; los mechones blancos, rebeldes como siempre, el bigoté caído sobre el labio superior y una sonrisa de bondad en el semblante.

— Papá, papá, grité con desesperación ; ya se murió el tío Tonchi....

— Calla, hijo, calla, me respondió mi padre, á quien yo no había visto, desde un ángulo de aquel cuarto ; se murió Antonio y voy á cumplirle su mayor deseo.

Diciendo esto, vino á detenerse junto á la caja, y puso sobre el pecho del asistente, bien extendida, de manera que le cubriera el corazón, la banderola aquella que le acompañó en el Veladero.

Y recuerdo como si lo tuviera delante de mis ojos, que al cerrar para siempre aquella caja, vi como quedaban dentro de ella, cual si estuvieran esculpidas con rayos de sol, aquellas letras de paño blanco cosidas sobre la banderola, que condensaban todo el afán del gran Morelos y de sus soldados, entre los cuales se contó aquel pobrecito viejo :

« Independencia ó muerte. »

Al caer la tapa, mi padre dijo con profunda melancolía :

— Adiós, Antonio, gracias por tu fidelidad á mí y por tu cariño á mi hijo.

Y haciéndome una caricia agregó mirándome :

quédate unos momentos acompañando á Antonio, porque no te has de encontrar muchos tíos Tonchis en la vida.

### UNA RELIQUIA.

A mi primo el general Ignacio de la Peza,  
alumno del Colegio militar en 1847.

Acabo de encontrar en un rincón de la más escondida gaveta del antiguo bufete de mi abuelo, que guardo y conservo como un tabernáculo de recuerdos, una cajita diminuta que no había visto nunca.

La abrí con curiosidad y me encontré en ella una condecoración que me era muy conocida desde hace muchos años.

Es una cruz de aspas de esmalte rojo, con el centro blanco y ceñida por un laurel de oro.

¿Qué mexicano no la conoce? Es el premio otorgado á los defensores de México el año de 1847.

La guerra con el invasor norte-americano fué verdaderamente inicua.

Carecían nuestros soldados de elementos de todo género; pero les sobraban valor y patriotismo.

Los más mimados hijos de familia abandonaron sus lares y salieron á presentar el pecho á las balas del enemigo.

Mi padre fué á hacer sus primeras armas y á recibir su bautismo de fuego en aquellas jornadas gloriosas, y cuando alguna vez le vi esa cruz sobre el pecho, le

interrogué mucho sobre los acontecimientos de la campaña.

¡Cómo se enternecía hablándome de los Alumnos del Colegio Militar, niños sublimes, de los cuales murieron unos en sus puestos, otros cayeron mortalmente heridos y los demás fueron hechos prisioneros!

— «Mira, hijo mío — me dijo — esta condecoración la llevamos todos los que concurrimos á la defensa del Valle de México, pero ninguno la merece tanto como los alumnos que combatieron en Chapultepec! Ésos sí fueron dignos del amor, del aplauso y de la bendición de la Patria.

«El General Santa-Anna al ver amagado Chapultepec, ordenó que los jóvenes alumnos se fueran á sus casas, pero todos ellos se negaron á obedecerlo y contestaron:

«Nos quedamos aunque no haya víveres, aunque no nos den nada; si nos recogen nuestras armas nos quedarán nuestros brazos.»

«Eran cerca de cincuenta bisoños. El General Monterde no estuvo con ellos porque tenía que desempeñar una comisión como Jefe de línea. Manuel Azpilcueta, subdirector del colegio, estaba muy enfermo, lo mismo que Mariano Andrade.

«El único jefe que allí se quedó con los oficiales subalternos, fué Domingo Alvarado, Capitán de la primera Compañía, hombre muy pundonoroso y que nunca lo citan.

«Los nombres de Melgar, de Suárez, de Barrera, de Montes de Oca, de Escutia y de Márquez, son pronunciados con veneración santa, porque nada debe de glorificarse como á los muertos en defensa de la bandera que simboliza el alma de una nación libre.

«¡Qué muchachos aquellos! Su armamento era muy malo; sus años muy escasos, pues frisaban entre los trece y los diez y siete; pero su arrojo, su fe en la causa que sostenían, su deseo de rechazar al

enemigo ó morir maldiciéndolo..... eso..... no tenía límites..... eso en todos ellos era igual y sublime.

« Arrollado, deshecho el Batallón de San Blas, y muerto su jefe el bravo Xicotencalt, que tenía catorce heridas en el cuerpo, en el cual se envolvió para salvarla, la bandera á que hoy se le tributan honores; el ejército americano se arrojó sobre los alumnos del Colegio Militar.

« El encuentro fué terrible y desastroso. Los niños sucumbieron al empuje y sus enemigos quedaron asombrados de tanto heroísmo. Hubo chiquitín que al querer atravesar con la bayoneta á un soldado invasor, apenas le desgarró el uniforme, porque no tenía la fuerza física necesaria para traspasarlo!

« Ya vencidos los alumnos, el General Scott, en la glorieta principal del cerro, los invitó por medio del intérprete á que juraran no volver á tomar las armas contra los americanos. Esto produjo una gritería inmensa: todos se negaron hasta el despensero Yantadas y el criado José María.

« Scott, montado en su caballo prieto, contemplaba conmovido la escena y llenó de elogios á los alumnos.

« A ellos corresponde por derecho y por justicia esta cruz que miras sobre la solapa de mi levita. »

Y esta cruz es la misma que acabo de encontrarme en el rincón de la escondida gaveta.

En qué época tan distinta de aquella en que la vi por vez primera ha vuelto á aparecerse.

Ya es polvo el adorado viejecito mío que la llevó sobre su pecho; ya es polvo la santa mujer que en los grandes días de la patria, llena de amor se la prendía en la levita, regocijándose en mirarlo con ella!

Polvo son ya los amigos íntimos que lo acompañaban, relatando como testigos oculares, los hechos de aquella tristísima epopeya!

Polvo es también el hermano, arrebatado en la flor de su edad á los atractivos de la tierra!

Y sólo tú, crucecita roja, dormías escondida como en ignorado ataúd, en tu diminuta caja negra!

No quiero ni limpiar el polvo que empaña tus esmaltes, porque me parece que es el mismo que tenías cuando la mano de mi padre te guardó cariñosa después de la última ceremonia en que le acompañaste!

Alguna vez sentirías las palpitaciones de su corazón generoso; algún día me habrás visto acercarme á besarlo lleno de amor y creyendo que no se me moriría nunca!

¿ Te acuerdas de mí, crucecita roja? ¿ Nunca me viste andar cerca de ti en alguna parte? ¿ No conociste á un niño muy enamorado de tu dueño?

Pues aquel rapaz travieso, pero respetuoso, es el mismo que aquí miras aislado, triste, solo, lleno de canas y desengaños y que besa en ti aquella mano, aquella frente, aquel sér que tú conociste y acompañaste tantas veces.

¡ Oh crucecita roja! ¡ Oh reliquia mía! Tú no has podido ver encerrada como estabas en esa gaveta olvidada, todo lo que ha sucedido en tu derredor.

Todo se ha ido; todo se ha muerto; ya no hay armonías de fiesta en el hogar, ni fulgores de dicha en el alma.

Ya no encuentras á nadie de los tuyos y sólo yo he quedado para recogerte y para besarte.

¡ Pobre y abandonada cruz gloriosa!

Quédate conmigo hasta la muerte; bien sé que no te puedo llevar sobre el pecho, pero te amo porque fuiste un símbolo de honor para mi padre y porque hoy eres emblema de la pesada cruz de mis tristezas.

Quédate conmigo, crucecita roja; duerme en tu negro ataúd, en esa olvidada gaveta, hasta el día en que una mano fría y extraña te venda como prenda inútil en algún bazar de antigüedades.

Entre tanto, quédate aquí, nada es más grato que guardar algún despojo de la hermosa nave en que

bogamos tranquilos sobre el mar de la felicidad humana.

México, 1898.

### PAPELES VIEJOS

De mis « MEMORIAS DE TREINTA AÑOS »

¡Cuán cierto es que vivir es caminar entre lápidas! Los años van deshojando los árboles del huerto de nuestros cariños, y cada hoja vuela, llevándose con un nombre querido, la dicha ó la esperanza que nos pertreñeció en días mejores.

Ayer me quedé en casa, decidido á quemar papeles inútiles ó indiscretos, y nunca he sentido en mi ánimo impresiones tan hondas y tan extrañas.

No son pocos los amigos íntimos que se me han muerto y al ver y repasar sus cartas, sus versos y sus retratos, acabé por decir para mis adentros: ¡qué contento y acompañado voy á estar en el otro mundo!

En ninguna labor, como en la literaria, se adquieren tantos hermanos, que, al correr de los años, constituyen familia y nos son tan amados, como si en sus venas circulara nuestra propia sangre.

Abrí una gaveta y saqué un papel amarillento, con letras borradas y parduscas, pero que pueden aún descifrarse claramente:

« Hermano Juan:

« No faltes al ensayo de mi drama. D. José le ha

ofrecido al *maestro* poner sus cinco sentidos en la ejecución de cada escena. *El Doctor*, según me dijo *Facundo*, hará la crónica del estreno y *Agustín* leerá unos versos. Ojalá que te llevaras al teatro á *Calibán*, y que le pidieras su opinión *en reserva*, para luego descubrirme el secreto. Estoy nervioso y sin embargo no tengo miedo, porque *Salvadora* y *Juan*, han de salvar la obra.

« He buscado á *Javier* y á *Ramón* y no los encuentro; uno anda en sus devaneos y el otro se fué á *Córdoba*.

« Te espero á las siete en el teatro y cuando salgamos, iremos á cenar frente á *Francesca* de *Rimini*. Tuyo siempre. — Manuel.»

Esta carta es un panteón, me dije; la escribió *Acuña* y casi todos los personajes que en ella figuran, han traspuesto ya el horizonte de la vida.

El *Don José*, á que se refiere, es el eminente actor *Don José Valero*; ¿el *maestro*?; *Altamirano*! (que sólo con decir su nombre basta) ¿el *Doctor*?..... el inolvidable *Manuel Peredo*; ¿*Facundo*?..... *José T. de Cuellar*, el popular novelista; ¿*Agustín*?..... *Cuenca*, el admirable poeta; ¿*Salvadora* y *Juan*? *Salvadora Cairón* y *Juan Reig*; ¿*Javier*? *Santa María*, que vive en *Yucatán* desde hace años..... ¿*Ramón*?..... ¡Ah! ¡pobrecito! *Ramón Rodríguez Rivera*, todo corazón, delicadeza y ternura!

¿Y esa *Francesca* de *Rimini*? ¡Ah! esa es una historia muy sencilla, que os contaré en un minuto.

*In illo tempore*, digo, en aquel tiempo de miserias estudiantiles, había en el mismo lugar que hoy ocupa el elegante palacio de *Mr. Sarre*, en la calle del *Cinco de Mayo*, una fonda muy concurrida, por la sencilla razón de que era el almuerzo muy barato.

Y fíjense ustedes en el *menú* para que lo admiren: sopa, tres platillos, frijoles, fruta, dulce, café ó té y una botella de pulque..... dos reales!

Se guisaba con limpieza, se atendía á los parroquianos con actividad; los manteles estaban siempre albeando y claro es que los estudiantes acudíamos allí como al panal las abejas.

En uno de los salones decoraba el muro un cuadro representando á Francesca y á Paolo, como los pinta el Dante, flotando en el infierno, abrazados y mirándose con tanta pasión, que ante el fuego de sus ojos nada era el de las llamas que lamían con lenguas de oro sus cuerpos desnudos.

Aquel cuadro era el encanto de Manuel Acuña y le contrariaba cuando íbamos á comer ó á cenar, no encontrar asientos en la mesa, desde donde podía á todo su sabor contemplarlo.

Alguna vez me dijo: pregúntale al dueño de la fonda si vende esa pintura.

¿Pero qué — le respondí con asombro — ya tienes con qué comprarla?

— Sería yo capaz de vender ó empeñar la patología en que estudio, y mira que no es mía.

Obediente á su deseo, alguna vez me acerqué al hombre, que sentado en un mostrador semi-circular recogía el dinero que allí dejaban los parroquianos, y le interrogué con respeto:

— Señor ¿usted no quiere vender ese cuadro?

— No puedo venderlo, porque me trae á muchos á comer á mi casa.

Si usted viera cuántos vienen á verlo. Yo no sé lo que representa, pero creo que es el martirio de un santo y de una santa, y lo creo así porque están traspasados por una gran flecha como las que tiene San Sebastián ¿no se ha fijado usted?

— Sí, señor, á mí me gusta el cuadrito.....

— ¿Usted sí sabrá lo que representa?.....

— No, señor.

— Es muy difícil saberlo; eso ha de estar en el Año Cristiano.

— Probablemente, señor.....

Acuña había oído la conversación y me dijo con aquel tono de eterna guasa, tan característico en él: — ¿Te has convencido? Los analfabéticos son los dueños de los mejores libros; al que le falta un pie le regalan el mejor par de botas y á este señor fondista le ha tocado ser dueño de este cuadro. Y yo que pensaba comprárselo, llevarlo á mi cuarto, colgarlo frente á mi cama y verlo á todas horas!

— Dice que son dos santos.

— Ya lo oí; le hubieras dicho que él se llamaba Pablo y ella..... Pancha!

Esa Pancha era la Francesca frente á la cual fuimos á cenar después del ensayo!

¡Cuántos recuerdos despierta un papel que amarillea de viejo! ¡Con razón amarillea, ese es el color de los cráneos desenterrados!

¡Y á esto llamo papeles inútiles!

No puede ser inútil lo que nos habla de un pasado lleno de ilusiones, de fe, de esperanzas, y sobre todo, de juventud; de aquella edad en que no teníamos hijos, ni canas, ni orfandad, ni ese hastío incurable que produce el conocimiento horrible de los hombres y de las cosas.

Y ¿Calibán? Este Calibán á que Acuña se refería, no es otro que Gustavo Baz, el erudito, el elegante, el juicioso escritor, poeta, autor dramático y periodista que hoy en París vive lleno de recuerdos honrando á su Patria.

¿Y á esto llamo papeles inútiles?

Decididamente no rompo ninguno; que los quemé ó los rompa quien tenga valor para hacerlo, cuando ya no palpita este corazón mío que vive más en el ayer que en el hoy y que goza con imaginarse que habla con los muertos y con los vivos ausentes.

El recuerdo engendra el placer más santo, cuando no arranca lágrimas de vergüenza ó de remordimiento!

## LOS VALIENTES MUEREN EN SU PUESTO

19 de Junio.

Si el crepúsculo es muy tétrico en los claustros, lo es más en los claustros convertidos en prisiones.

La tarde del 18 de Junio de 1867 se esfumó en el polvo de oro del ocaso, vistiendo de negras sombras el convento de Capuchinas de Querétaro.

Allí, un soñador de treinta años, con cutis blanco y transparente como alabastro, cabellos y barba rubios como el resplandor de Apolo, y ojos azules como el Danubio, esperaba la mañana siguiente para subir al cadalso.

Era un germano de sangre noble; un poeta que había ensayado en la lira de sus quimeras la estrofa de un imperio; un marino que después de recorrer el mundo forjando ilusiones y estudiando obras de arte, naufragaba en el océano sin fondo, de la política mexicana.

\*  
\*\*

Maximiliano, Emperador de México, escribía esa tarde sus últimas cartas y dejaba correr por sus mejillas, pensando en Carlota, á quien creía muerta, sus últimas lágrimas.

Al escribir unas cuantas líneas á su anciana madre, sollozó tristemente y volvió los ojos á un muro, atravesando con su mirada millares de leguas hasta clavarla en el hogar lejano, tranquilo, donde nadie adivinaba las torturas del infeliz hijo ya sin corona como rey, y ya sin esperanzas de indulto como reo.

« ¡Oh madre mía! tu Maximiliano te envía su alma envuelta en un suspiro! Perdóname, bendíceme, reza por mí, empapando tus bendiciones en tus lágrimas. Carlota y yo te esperamos en el cielo. »

Y Carlota estaba á la sazón demente, creyendo que sus damas la rodeaban y que el himno nacional de México la saludaba por todas partes.

\*  
\*\*

Maximiliano cerró su carta postrera, se compuso la barba, se levantó de la tosca silla de que disponía en su celda y llamó á sus compañeros de infortunio, á Miramón y á Mejía.

Pronto aparecieron los dos leales entre los leales, y Maximiliano le dijo á Miramón, á aquel Miramón que á los venticinco años había sido Presidente de la República y á quien los soldados amaban por valiente con ciego fanatismo.

— Miguel, nuestra muerte va á ser un trasunto del Calvario.

— ¿Por qué, señor?

— Porque seremos tres ajusticiados sobre un cerro.

— Es cierto, pero V. M. irá en medio y ocupará el lugar de Cristo. Infeliz del que vaya á vuestra izquierda. El lugar del *Mal Ladrón* es inaceptable.

— No ocuparéis ese puesto nunca.

— ¿Seré yo quien lo ocupe? preguntó humildemente Mejía.

— Los valientes mueren en su puesto, repuso sentenciosamente el atribulado Archiduque.

\*  
\*\*

Á la siguiente mañana, todo el ejército republicano y todo el pueblo de Querétaro, presenciaba la eje-



cución de los reos. Al subir éstos al lugar destinado, Maximiliano habló algo á sus compañeros y al formarse en fila, Miramón ocupó el centro, Mejía la derecha y Maximiliano la izquierda.

Y hay quien diga que en la mirada de los generales mexicanos, dirigida como último adiós á Maximiliano, irradió una profunda expresión de ternura dulce, sincera, inmensa, como la gratitud de los que se sienten estimados y comprendidos.

Y las palabras del Príncipe de Habsburgo las repite aún todo el que estudia los detalles de aquel cadalso :

« Los valientes mueren en su puesto. »

## CÓMO ACABÓ UN BAILE

DE LA CORTE DE NAPOLEÓN III

Me ha dicho quien lo sabe, que una noche, última de Junio ó primera de Julio de 1867, irradiaban como ascuas de oro los salones de la residencia de Napoleón III.

Toda la aristocracia francesa acudía á la mansión opulenta luciendo sus blasones y su fortuna.

Napoleón era por entonces el árbitro de la política de Europa. Había tremolado victorioso el pabellón de su imperio en algunas campañas de renombre, y creía sentir en su orgullo que soplabá en su derredor el mismo aire de gloria que respiró el gran Bonaparte de las Pirámides.

La Emperatriz Eugenia, aquella española encanta-

dora que hemos visto cruzar vestida de negro, de Corte en Corte, sin ser reconocida ni saludada acaso, daba en esa noche un gran baile al que asistieron todos los miembros del Cuerpo Diplomático, incluso su Presidente, Monseñor Chigy, Nuncio del Papa, para conocer al Gran Sultán Abdul-Azis que estaba de visita en la capital de Francia.

Todas las avenidas y calles que conducían á la residencia imperial eran verdaderos ríos de brillantes, de encajes, de condecoraciones, de uniformes, de libreas, de cuanto deslumbra y admira y enloquece al vulgo curioso que formaba compactas vallas á los numerosos invitados.

La Emperatriz era la que empuñaba los cetros de la hermosura, de la moda, de la delicadeza y ¿por qué no decirlo? del mundo monárquico europeo, puesto que nadie era superior á ella en lo que llamamos siempre « la Atenas del Universo. »

Cerca de las once llegó el Sultán luciendo en torno de su *fez* más de cien solitarios y una esmeralda inmensa en el broche de su alquicel blanco.

El Nuncio, fiel á su palabra, estaba de pie en el salón imperial, y miró de hito en hito á aquel soberano de Oriente que guardaba en un harem cien mujeres hermosas, y que había decapitado á muchos enemigos de su trono.

La Emperatriz presentó al Embajador de Pío IX con el hijo predilecto de Mahoma y éste miró al primero con el desdén con que había visto las esculturas de Notre-Dame.

Á las once y minutos comenzó el baile.

El gran Sultán hablaba con la Emperatriz, mientras las más bellas damas de la Corte, regimiento ata-

viadas, danzaban con lo selecto de la diplomacia, del ejército, de la política y de la banca.

..

Después de media noche, se anunció con tres golpes de alabarda en la puerta del salón, que llegaba un Ministro Plenipotenciario, el único que faltaba y á quien Napoleón había extrañado al empezar el baile.

Todas las miradas se volvieron á la puerta principal, por donde entró un hombre vestido sencillamente de frac, con un papel en la mano y un ceño duro y triste como si le aguijoneara una idea funesta. Era el General Dix, Ministro de los Estados Unidos de América.

Sin hacer caso de nadie, ni del Sultán, objeto de tan agradable fiesta, se inclinó cortésmente delante de la Emperatriz, llegó al lado del Emperador, le habló y le mostró el papel que llevaba; llamó en seguida el Soberano al Nuncio, luego al Ministro de Austria y los cuatro se retiraron juntos á las habitaciones interiores.

Pocos momentos después llamaron á la Emperatriz y al Gran Sultán, causando con esto inquietud y curiosidad en los invitados.

No habían transcurrido veinte minutos, cuando un edecán de servicio dijo en el salón y en voz muy alta lo siguiente:

«Una gran desgracia obliga á sus Majestades á suspender esta fiesta, y á ordenar que la Corte vista de luto riguroso por lo que se explicará debidamente á su tiempo.»

..

No es posible pintar el desconcierto de aquellas gentes, que volvieron muchas de ellas á pie á sus domicilios, pues los carruajes habían sido citados para las tres de la mañana, y muy pocos estaban en la puerta de la residencia imperial.

Pronto corrió por París una noticia extraña, misteriosa, indescifrable.

Las luces se apagaron en la mansión de los soberanos; cesó el ruido, y allá en el fondo, en una pequeña pieza tapizada de *moirée* color de púrpura, la Emperatriz lloraba, y Napoleón, después de haber exclamado ¡pobre joven! ¡este Morny!... este Morny, miraba de hito en hito al Nuncio.

El Ministro de Austria había hundido su cabeza entre las manos, y el gran Sultán, jugando con el broche de esmeralda de su alquicel blanco, mostraba una estupefacción de tigre herido.

El General Dix, calándose sus gafas de oro, leía y releía en voz alta un cablegrama siniestro, el primero que anunció á Francia el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo, Emperador de México, en el Cerro de las Campanas.

..

Aquella catástrofe inconcebible para el orgulloso César francés, le hizo, quizás, presentir de un golpe la ruina de su imperio.

Nunca se había interrumpido un baile en la Corte de manera tan brusca, ni nunca había visto un soberano llegar á él, terrible y amenazante, el remordimiento bajo la forma de un cablegrama.

Desde aquella noche, pocas veces se vió sonreír á Napoleón III, y dicen que la expresión de su semblante al escuchar la funesta noticia, fué la misma que mostró en Sedán, ya vencido y humillado para siempre.

## EL CASTILLO DE MIRAMAR

UNA VISITA Á LA MANSIÓN SEÑORIAL DE MAXIMILIANO

El mar estaba azul y tranquilo.

No soplabá una brisa que rizara las olas; el sol no tenía ese candente poder que agosta en Castilla los campos en el mes de Junio, y quien de pronto se hubiera encontrado donde nosotros estábamos, sin indicarle sitios ni dejarle ver horizontes, habría dicho que bogaba sobre la sonda de Campeche, el agua más azul que he visto en mi vida.

Apenas podrá un pintor dar idea de la transparencia, de la diafanidad de aquel mar y de aquel espacio.

Habíamos salido del puerto hacia muy pocas horas y ya divisábamos con todos sus graciosos detalles arquitectónicos, un edificio que surgía de entre las rocas, cubiertas éstas por una vegetación verde oscura, manchada á trechos por toques de color de sepia, señales inequívocas de que el ambiente salino tuesta en algunos arbustos los más delicados de sus renuevos.

Se acercó el barquichuelo á una escalinata tallada á pico en la piedra de la ribera y nuestro boga nos dijo:

— Hemos llegado, ¿espero?...

— Espera, le respondió uno de mis compañeros poniendo en su mano dos florines.

Al pisar el último peldaño de la escalinata, volvimos nuestras miradas al punto lejano de donde habíamos salido. Con la claridad con que se distingue en los días serenos la Isla Verde, desde el

puerto de Veracruz, ó con precisión mayor todavía, vimos á lo lejos un montículo gracioso, de color gris suave rodeado de casas blancas que se agrupan en medio de la mar extensa, á la manera que se reflejan los ánades sobre una laguna. Aquel grupo simpático y lejano era Trieste, y el sitio que pisábamos en aquel momento, el Castillo de Miramar.

..

No hay para qué decir que siendo mexicanos los tres viajeros que abandonamos el barco, no bien miramos la rústica y elegante rampa que marca el camino ascendente sobre las rocas, dijimos á un tiempo y animados del mismo pensamiento: — ¡Chapultepec! — Y cruzamos con envidiables alas la distancia inmensa y por aquel instante nos creímos en nuestra patria.

Hay entre los dos castillos una fantástica semejanza, siendo para el nuestro el bosque que le rodea y embellece, lo que para Miramar el golfo azul que lo circunda, el principal encanto de su posición extraña y aislada.

Miramar tiene el color entre amarillo y rosa que recuerda las esculturas de *terra cotta*; algo de los sombríos matices de la piedra berroqueña que ha sido pintada y se desborra con el tiempo, algo también del tinte especial de esos pétalos descoloridos que juntan la savia roja de la vida con la palidez de la muerte.

No se miran desde la rampa los imponentes y seculares ahuehuetes que custodian á Chapultepec, entregando á los caprichos del viento sus guedejas de canas; no se oye el salvaje concierto en que la torcaza y el zenzontle sobresalen con sus cantos melifluos; no revolotea sobre los mirtos el colibrí, ni crece en la grieta de las rocas el espinoso cactus.

La vegetación aquella es espesa y vigorosa, pero no bella ni imponente. Coníferas que resisten á la rudeza de los inviernos, castaños de Indias y acacias que florecen perfumando el aire; camellones cercados de boj y alguna rosa anémica entre caléndulas y malvaviscos.

..

Se sube sin fatiga por la rampa y se llega á una reja que recuerda algo del estilo muzárabe y bizantino, con sus calados ojivales y sus remates de flámulas, en la cual hay que presentar á un portero de librea, la orden para visitar el edificio.

No llevábamos esa orden, pero nos bastó decir que éramos mexicanos para que no nos estorbasen el paso.

— ¡Qué impresión tan honda y tan rara produce la presencia del castillo á quien conoce la funesta historia de su infortunado dueño!

Dirigida la construcción por su capricho, mezcló los órdenes que más le impresionaron en sus dilatados viajes, y allí está el torreón medieval reclamando la ronda del trovador que turba el nocturno sosiego con el mandolín que acompaña sus cántigas, y el minarete elevado, por donde parece asomarse el rostro de una favorita mulsumana. No falta en la estructura un recuerdo del glacis y de la poterna, los muros tienen señuelos de fortaleza y si lo hubiéramos buscado, el rastrillo habría sin duda aparecido á nuestros ojos.

Si la belleza, según San Agustín, es el esplendor del orden, allí la encuentra el viajero en el poético desorden del estilo. Es tristemente hermoso, y hermosamente triste, aquel castillo, pues parece que por las mil bocas de su mitológica fisonomía sale un eterno grito que atruena los mares y que escuchan

todos los que se le acercan, un grito desgarrador que dice con sollozos: ¡mi señor no volverá nunca!

Y sin su señor, no volverá jamás á estar de fiesta el castillo, pues de día y de noche poblarán sus salones el espectro de un ajusticiado y las carcajadas de una loca.

..

Hay un salón llamado de huéspedes, decorado rica y severamente, que contiene los retratos de los progenitores de Maximiliano. No puede uno menos que asombrarse de la nobleza de un linaje que asciende desde la humilde colina de las Campanas hasta el fastuoso trono de Carlos V.

Todo tiene su revancha en la historia — decía allí uno de mis compañeros — en 1526 un súbdito de Carlos V, Hernán Cortés, ahorcó impiamente al más grande de los indios antiguos, á Cuauhtemoc, y en 1867, el más grande de los indios modernos, Juárez, fusilaba en nombre de la ley á un vástago de Carlos V.

En el salón de que hablo fué recibida la Comisión mexicana que ofreció el trono á Maximiliano, y allí, buscamos con la imaginación los sitios que ocuparían el General Wol y el padre Miranda.

Hay un salón pequeño llamado de estudio: imita el cuarto que Maximiliano tenía en la fragata « Novara » decorado de nogal sin barnizar y acero pulimentado.

Todo está allí de doble suspensión, hasta los tinteros, y tiene su atmósfera ese olor acre de los barcos que obliga á imaginar al que lo visita que está en alta mar.

La alcoba de Maximiliano es pequeña y sencillísima. Está todavía el largo y angosto catre de tijera de latón con lona cruda, sobre el cual dormía el Archiduque. Dicen que trajo á México dos gales. Esos catres se

doblan y guardan en una caja y viajaba siempre con ellos, usándolos alternativamente en sus viajes por el interior, para evitarse la molestia de ocupar siempre una cama naturalmente incómoda por el lujo con que se la disponían en cada alojamiento.

\*  
\*  
\*

La capilla del castillo inspira una devoción artística que conmueve al más rudo. Es de cortas dimensiones pero encierra grandes tesoros. Su pavimento es de madera de cedro de Libano, llevado por Maximiliano y tiene encima capas de arena del desierto de Sahara recogida con sus manos.

El altar es de una piedra marmórea amarillenta, tomada por él de las rostras de Cicerón y combinada con otras piedras grises que él recogió de los destruidos muros del Coliseo Romano. Hay una pequeña vasija que él levantó en Misolonghi sobre el lugar en que cayó Lord Byron, combatiendo por la libertad de Grecia, y el trozo de obscura masa que constituye en el altar el ara consagrada, es un fragmento arrancado á la pirámide de Cheops en Egipto.

Sobre el altar hay varias vasijas con agua herméticamente cerradas y con letreros por el estilo: Agua recogida en el Nilo (la fecha). — Agua recogida en el Jordán (la fecha). — Agua del Cedrón, recuerdo del Lago Asphaltita, Mar Muerto. Detrás de las vasijas hay flores, palmas y yerbas, son azucenas del Jordán, lirios de Mágdalo, ninfeas del Nilo, palmas de Capharnaum, de Nazareth, y de Siria, rosas de Alejandría, nardos de Bethlem y jaramagos y ortigas de Palestina.

Los cirios del altar no se encienden nunca, los tomó del Santo Sepulcro de Jesucristo y están cubiertos con gasa bendecida y ungida con óleo santo por el Patriarca armenio que cuida la veneranda tumba.

De uno y otro lado del altar hay una armadura de

guerrero antiguo puesta sobre un maniquí de madera arrodillado en actitud de orar. Una es del Emperador Carlos V y la otra es de uno de los soldados de Lepanto.

\*  
\*  
\*

No es posible enumerar todas las riquezas históricas y artísticas que la capilla encierra, parece más que un templo, un museo que dice mucho á la imaginación, que nutre el espíritu con fantásticas leyendas de viajes y aventuras y que puesto á remate ante un concurso ilustrado valdría muchísimo dinero.

En visitar la capilla, la biblioteca y la sala de armas, donde encontramos armas de los incas y de los araucanos, cayó la tarde, el sol hundió su disco de oro en la superficie azul del mar tranquilo y el guarda del castillo nos dijo que nos esperaba al día siguiente por la mañana.

No podíamos volver, se lo dijimos así y entonces nos llevó á ver silenciosamente, alumbrándonos con una especie de linterna sorda que reflejaba vivamente sus rayos de luz sobre el muro de una sala pobre y desmantelada, varios cuadros. Uno era un hermoso palacio de dos pisos coronados de estatuas. Decía abajo: « Proyecto de reformas del Palacio Imperial de México por el ingeniero Ramón Rodríguez Arrangoiti. »

El otro se destacaba sobre un montículo entre lo espeso de un bosque, un castillo de grandes escalinatas de mármol, con juegos de agua semejantes á los de Versalles, y con estatuas de guerreros aztecas. Decía abajo: « Proyecto de reformas al Alcázar de Chapultepec por Ramón Rodríguez Arrangoiti. »

— Este señor será paisano de ustedes, nos dijo en francés el guarda.

— Sí, — respondió un compañero mío — es el poeta de la arquitectura. Hace poemas de piedra.

Después vimos dos fotografías, una del cerro de las Campanas en el momento de la ejecución, y otra de la fragata « Novara » conduciendo los restos del Archiduque.

En el suelo y contra la pared estaban puestos en desorden varios tipos de México, estatuas de trapo hechas en Puebla representando vendedores, memorialistas, serenos, chinas, cargadores, pateras, polleros, fruteras y aguadores.

El guarda tuvo que acompañarnos á bajar la rampa y cuando nuestro barco se deslizó de nuevo sobre las olas, todos íbamos tristes y silenciosos.

\*  
\*  
\*

¿Cómo puede abandonarse una mansión regia cercada de todas las bellezas de la naturaleza y con todos los encantos del arte?

¡ Misterios inexplicables del corazón humano !

Nuestro pensamiento voló á Chapultepec, á Palacio y por último, á Querétaro.

Volvimos el rostro, y el hermoso castillo, envuelto en las sombras, iba deformándose con la distancia.

Parecía la triste silueta de un monje abandonado sobre una roca en medio del Océano.

Tenia, en efecto, una tristeza y una serenidad religiosa.

Acaso pensando en esto la familia imperial de Austria, ha dispuesto últimamente que el castillo se convierta en monasterio.

¿ No hay mucha semejanza entre un convento y una tumba ?

Junio, 21 de 1898.

## SAN JUAN Y SAN PEDRO

Para los que nacimos y vamos envejeciendo en la capital de la República, hay fechas gratas é inolvidables, y entre ellas, como los astros en azul horizonte, relucen el 24 y el 29 de Junio, es decir, San Juan y San Pedro.

Dejadme en alas de la fantasía, volver á otros tiempos, buscar otros días más serenos y recrearme en añejas inocentadas.

Yo fui un héroe á los diez años y voy á demostrarlo en pocas palabras.

Era yo un niño gordo, glotón y travieso, que me aprendía la lección de Fleury en menos que canta un gallo y la recitaba como el loro cuando el maestro me la pedía, trastornando las más veces las preguntas y las respuestas.

Alguna vez, el dómine orgulloso me interrogó con énfasis delante de varias personas que visitaban la escuela.

— Niño ¿quién es el demonio?

— Ciro, rey de Persia, griego de nación....

— No, no; es menester que se fije usted sin *atarantarse* (este verbo atarantar lo usaban mucho en mi tiempo) es indispensable que se fije usted bien; vamos, despacito.

— ¿Quién es el de-mo-nio?

— ¡ Ah! sí, ya lo sé, ya lo sé muy bien: ¡ el Centurión Cornelio !

— ¡ Vamos! Está usted perdido; pasaremos á decir algo del Ripalda á estos señores.... á ver: el séptimo mandamiento, decidme ¿quién lo quebranta?

— La Santa Madre Iglesia lo tiene y usa... grité

con arrojo y creyendo que iba á deslumbrar con mi erudición á todos los presentes.

— ¿Cómo es eso? ¡qué blasfemia! Á ver otra cosa: ¿quién compuso la salve?

— ¡Dios mismo al principio del mundo!

— ¿Dios mismo? ¡Jesús! eso es del Fleury, á ver: ¿quién instituyó el matrimonio?

— Un ángel rebelde á Dios.

— ¡Jesucristo nos valga! pero ¿qué le pasa á usted hoy, niño de mis pecados? Preguntaremos cosas más fáciles ¿cuáles son los mandamientos de la ley de Dios?

— Rubén, Simeón, Levi, Judá, Dan, Neftalí, Zabulón, José y Benjamín.

¡Horror! — dijo el maestro. ¡Bonito está eso! Pues ¿cuáles eran las tribus de Israel?

— Isaías, Jeremías y Baruch, que son uno solo...

— Qué solo ni qué solo; cálese usted y no vuelva á chistar delante de persona civilizada. Ya lo he dicho á todo el mundo, usted todo lo revuelve, lo tergiversa y lo descompone; la única gracia que le conozco es medio pintar la letra y por eso le aseguro que cuando más llegará usted á ser en el porvenir evangelista del Portal de Santo Domingo.

Esta fué la profecía de mi maestro seis días antes del 24 de Junio de 186...

Desesperado y cariacontecido me quedé con la vista clavada en el suelo, imaginando que había trascurrido el tiempo, y que yo, ya barbudo y grandote, tenía debajo del feo portal de la Aduana, un tosco y mugroso pupitre, un tintero de loza barnizada con sus correspondientes plumas y dándome carácter social el consabido letrado «Escribiente público número 20.»

Cuando más engolfado me sentía en tan tristes reflexiones dióme uno de mis compañeros una palmada en el hombro, diciéndome: No te importen las palabras de éste bárbaro; tú y yo hemos de ser generales

y ya verás como el día de San Juan vamos á derrotar á cuantos se nos pongan delante ¿quieres ser el abanderado de mi tropa? cuento con los fulanitos, los zutanitos y los menganitos; iremos al atrio de Santo Domingo, el enemigo vendrá por la calle de la Perpetua y el combate será muy reñido.

Bueno, yo seré tu abanderado, porque es una posición mejor que la de *evangelista*.

— ¿Te duele el anuncio del idiota profesor de la escuela? Olvidalo. Compra un traje de oficial en el portal de Mercaderes; que tu espada sea de las que cuestan veinte reales para que no se quiebre; que tu kepi sea de paño encolado, porque los de cartón se rompen á la primera pedrada que les toca, y... no tengas cuidado.

— ¿Cómo? repuse yo con susto ¿se van á tirar pedradas?

— Por supuesto, á puras pedradas nos las compon-dremos; yo seré Zaragoza y fulanito será Laurencez, el jefe francés.

— Pobre fulanito, dije para mis adentros.

Después de esta y otras conversaciones semejantes, quedamos citados para el día 24 de Junio á las cuatro de la tarde en el atrio de Santo Domingo.

Por súplicas y promesas logré que me llevara el criado de mayor confianza al sitio consabido, y allí me encontré á muchos de mis condiscípulos vestidos de militares, todos con espada y fusil, formados con gran disciplina y obedeciendo sumisos á mi «Zaragoza» de la escuela.

Éste, al verme llegar, salió á encontrarme, y poniendo en mi mano derecha una gran bandera de papel de china, con una águila que parecía zopilote, me dijo:

— Toma este pabellón que defenderás con tu vida.

— ¡Soldados! — dijo dirigiéndose al inmenso grupo, — ¿somos, ó no somos muy hombres!

— Siiii, gritaron todos al unísono.

— Pues mirad, el enemigo está al frente.... adentro Puebla.... avancen.... tan.... tan.... tan.... rataplán.... plan.... plan.... y no bien habíamos andado cuarenta pasos, cuando un guijarro del tamaño de una naranja cayó como bomba sobre la nariz de un sargento primero, quien como herido por un rayo, se tendió en el suelo boca-arriba, mientras le brotaban de la fisonomía dos abundantes caños de sangre.

— ¡ Adelante, chicos! gritó mi Zaragoza; este no es nada, es el primer herido; ya les haremos peores cosas; junten parque.

Y todos nos pusimos á recoger piedras en plena plazuela y á lanzarlas con fuerza á los invasores.

Hubo un momento en que pudo decirse que las piedras como las flechas de los ejércitos de Jerjes, nos permitían combatir á la sombra, pero desgraciadamente llovía á cántaros; San Juan lloraba como mujer melindrosa, y nosotros, sin hacer caso, viendo ya remojadas las charreteras de papel dorado, desteñidos los mal pintados uniformes y plegada y rota por la lluvia nuestra bandera, seguíamos impasibles sobre el enemigo...

Las gentes curiosas presenciaban desde los zaguanes, los balcones y las azoteas de las casas la descomunal batalla, y la policía, á quien estaban confiadas lo mismo la avería de nariz del sargento que la de cada uno de nosotros, no aparecía ni daba señales de vida.

Bueno es recordar que entonces había « diurnos » y serenos, que eran mil veces más apáticos que los gendarmes.

Por fin llegamos á lo más reñido del combate; muchos gritos, muchas piedras y ya luchábamos cuerpo á cuerpo, pues el enemigo y nosotros nos habíamos acercado y confundido en muy poco tiempo sin advertirlo, quizás porque nos cegaba el entusiasmo.

De pronto, el jefe de los invasores, que en vez de

espada tenía un grueso bastón de encino, me dió un palo tan fuerte en la mano derecha, que solté la bandera y me puse á dar espantosos chillidos. Creí que me había desbaratado los dedos....

No bien cayó en tierra el pabellón, de papel, cuando mi verdugo lo levantó orgulloso y gritó con todos sus pulmones: ¡ Hemos vencido! Una terrible pedrada me partió en ese momento la frente y no ví ni oí, ni supe, ni pude dar cuenta de más.

Una nube negra me envolvía el cuerpo y el espíritu.

Media hora después, el combate había cesado; cada ejército se replegó á su campamento, y yo, sintiendo terribles dolores, me encontré, sin saber cómo, dentro del zaguán de una casa del portal de Santo Domingo, cercado de centinelas de vista.

— ¿ Qué sucede? — exclamé espantado.

— ¿ Y nos lo preguntas? que por haber soltado la bandera nos derrotaron, pues si esto no sucede, ¡ pobres de ellos! Por tí hemos perdido, y nada es más justo que lo que acaba de disponer el general.

— ¿ Qué ha dispuesto el general? — exclamé bebiéndome mi sangre.

— Que te fusilen; y ya te puedes ir preparando con nuestro capellán.

Adelantóse entonces un muchacho regordete y colorado, que sólo gustaba de hablar y de hacer cosas de iglesia y que hoy es cura de pueblo, y me confesó en el acto.

Recuerdo que le dije entre mis pecados que me dolían mucho la mano y la frente, que á cualquiera que le peguen como á mí, soltaré no sólo una bandera de papel, sino una talega de mil pesos, y que ya quería irme á mi casa.

— Me parece bien — me respondió — y te aseguro que después de que te fusilen te irás sin que nadie te detenga.



Acabada la confesión, lleváronme al mismo sitio en que algunos años después fusilaron á Vidaaurri.

Allí se formó el cuadro; me colocaron en el fondo, me vendaron los ojos; el General arengó á la tropa, el capellán rezó el Credo, y al decir « su único hijo » conmovieron mi cuerpo cinco terribles pedradas, siendo la más grave una que me tocó en la espinilla de la pierna derecha.

Cai al suelo dándome por muerto; desfiló la tropa, me dejaron abandonado, y algunos minutos después vino el capellán y me dijo: — puedes irte.

Cuando llegué á casa y me vieron tan ensangrentado y tan descompuesto, llevaron gran susto, y entre regaños y reflexiones me convencieron de que nada deben de hacer los niños sin conocimiento ni voluntad de sus padres.

— Tú no tienes ni por asomo vocación para militar — me decía mi tío; ¿de dónde has resultado gente de guerra?

Por más de tres semanas fui á la escuela con la mano vendada y con un gran parche en la frente.

Mis compañeros, con las más picantes sátiras, me obligaban á enardecerme de coraje, y si alguno aparentaba consolarme, me decía: ¡pobre *alcabuciado*!

Han corrido muchos años y al llegar cada nuevo día de San Juan, recuerdo aquella campaña que fué un aviso del cielo, que me libró de ser soldado.

No llegué á *evangelista* como lo profetizó mi maestro y no sé si habré llegado siquiera á escritor mediano.

¡Tantos ejercen ese noble oficio en nuestro tiempo!

¡Oh día de San Juan! ¡Cuánto te han cambiado la civilización y la cultura! Todavía se visten de militares muchos niños, pero ya no hay aquellas luchas brutales, de las que se salía ileso por milagro.

¡Ni cómo ha de haberlas! Los niños de hoy no conocen la guerra. Han nacido en paz y viven en paz;

por eso les gusta más jugar con ferrocarriles, que con sables, y mientras en mi tiempo montábamos en un carrizo con un caballito de badana en la punta, los niños de hoy se van desde la Plaza hasta Chapultepec en bicicleta.....

## LUZ DE LA GLORIA

Á mi amigo Francisco L. de la Barra.

En la inolvidable Sevilla, gala y emporio del amor y de la gracia andaluza, atrae la atención del curioso viajero la fábrica de cigarros, que hospeda millares de obreras á cual más hermosa y resalada, como se dice en aquella tierra. Todo el mundo sabe lo que cada muchacha estanquera inventa y dice por la calle al tropezar con los tipos que, tarde por tarde van á verlas salir por la puerta de la fábrica.

Desde que la ópera *Carmen* popularizó á la cigarrera sevillana, no hay inglés rico que al pasar por la perla del Guadalquivir no pretenda visitar el estanco.

¡Y lo que escucha cada *mirlón*, no es para escrito ni para contado!

Un amigo y compañero mío, joven, guapo, ilustrado y fino en maneras como un príncipe, logró que le permitieran penetrar á aquel jardín de huries, á la hora del trabajo.

Llegó con tres compañeros de viaje, uno de los cuales, acompañado de una familia sevillana, daba el brazo á rubia y hechicera polluela.